logo aspu**ASOCIACIÓN SINDICAL PROFESORES UNIVERSITARIOS**

**Personería Jurídica No. 0623 del 4 de Mayo de 1966 del Ministerio de Trabajo**

**¿A QUIÉN BENEFICIA LA UNIVERSIDAD QUE TENEMOS HOY?**

En sus orígenes la universidad Tecnológica de Pereira fue un lugar para la formación profesional de ingenieros, pragmática y técnica en su espíritu. En los años setenta llegaron los programas de educación y durante los noventa, el primer programa de filosofía. Pero un capítulo nuevo inició con el terremoto de 1999 que afectó las estructuras de varios edificios y entre ellos el colapso del edificio de Bellas Artes y Humanidades lo que finalmente favoreció la llegada de recursos nacionales e internacionales, que transformaron el espacio físico de la universidad.

La universidad de hoy resulta una universidad segmentada, en especial en su parte administrativa: divididos sus profesores, los estudiantes, distintas formas de vinculación, distintas maneras de matrícula, distintas maneras de agenciar la organización de la universidad. ¿A qué responde este modelo? ¿Cuál fue su origen?

EL mejoramiento de la planta física, la internacionalización y el crecimiento, florecieron a partir del año 2001, fecha en la cual llegó un rector-gerente, atemperado en las bregas políticas de la izquierda de los años setenta y en el giro liberal de la década de los años noventa, Luís Enrique Arango Jiménez, a pesar de que sus orígenes profesionales se remontan a la docencia y el activismo sindical, su paso por extintas empresas del Estado como Telecom y las Empresas Públicas de Pereira, y otras aventuras de carácter privado le garantizaron un modelo de gestión administrativa, y un prestigio de rector fogueado y acorde con el siglo XXI, desde una perspectiva de mercado.

A su llegada, recibida con agrado por distintos sectores de la universidad, parecía cerrado el ciclo de profesores de carrera convertidos en rectores como lo fueron Carlos Alberto Ossa Ossa, Ricardo Orozco Restrepo o Javier Arroyave Ochoa. Con Luís Enrique llegaba la figura del gestor de recursos para la academia; esa idea acorde con las propuestas neo-liberales del siglo XXI, que encontraron en él un perfecto ejecutor, debido a sus aspiraciones personales, que reñían con su pasado político y por tanto le urgía liberarse de éste, a pesar de que ese mismo pasado “converso” y su origen de clase media intelectual le hubiese permitido conquistar simpatías en viejos sectores de la izquierda.

La administración de Luís Enrique Arango entre 2001-2014 coincidió con los ocho años de Álvaro Uribe y los primeros de Juan Manuel Santos. Esa década y media fue en Colombia un tiempo de destrucción del movimiento social y sindical. Entre la precarización laboral, la liquidación de lo público, el advenimiento del proyecto paramilitar, las universidades fueron prácticamente sometidas a los indicadores y los profesores universitarios pasaron de ser regidos salarial y prestacionalmente por el decreto 1444 al 1279.

**UNA PRIVATIZACIÓN ¿SIN DOLOR?**

Para merecer mejoras en su presupuesto anual girado por el Estado se deberían mostrar índices de gestión, la matrícula se empezó a financiar directamente a los estudiantes, los pregrados dejaron de ser atractivos por ser, según la nueva mentalidad “subsidiados” mientras el éxito lo han tenido las llamadas operaciones comerciales. Los concursos para funcionarios de planta fueron congelados imponiéndose un nuevo lenguaje de las disciplinas administrativas y financieras que destruyó el lenguaje académico propio de la universidad. Como diría el poeta Víctor Sergei: era media noche en la historia de la Universidad Pública.

Sin necesidad de aplicar modelos de violencia como los introducidos en otras universidades del país, la Universidad Tecnológica de Pereira se fue deslizando hacia la fragmentación. En la medida que la mayor parte de los profesores que durante los años setenta y ochenta hicieron parte de un discurso crítico, dogmático y demasiado visceral se pensionaron, algunos arrastrados por las presiones y los temores a perder algo de lo medianamente conquistado, llegó un nuevo contingente de profesores, formados en los lenguajes empresariales de la época, algunos de alta capacidad investigativa, pero en general con ausencia de la beligerancia política de las generaciones anteriores.

La administración de la universidad aprovechó la desafección política de ese gran número de docentes transitorios para ir construyendo una nueva narrativa donde se dejaba entrever el fracaso de la organización sindical. Lo anterior favoreció la llegada a los cargos de elección de la universidad, de representantes que continuaron la misma cadena de aprobar y desaprobar aquello que se imponía desde unos consejos superiores de las universidades públicas integrados mayoritariamente por políticos y empresarios y escasamente por académicos. Era hora de acabar lo público y hacer de la universidad una empresa donde la mentalidad privada era la característica.

**LA UNIVERSIDAD EN MANOS DE LA CLASE DIRIGENTE LOCAL**

La nueva administración creció en cantidad, en indicadores, en estudiantes, en planta de funcionarios a término fijo. En esa medida una “cultura del favor político” hizo carrera en la universidad. No se llegaba tan fácil por merecimientos, sino por “lealtades” a un jefe. Fue la hora de los políticos en la universidad. Un presupuesto regional como el de la universidad pública despertó la voracidad de los políticos tradicionales que, desde ese momento hasta hoy, han ido invadiendo el espacio universitario. A medida que la universidad se “desideologizaba” llegaba una nueva ideología: la del individualismo y la competencia. Los profesores pasamos de ser servidores a “acomodarnos” en nuestros pequeños y “últimos beneficios” que dejaba la figura del docente de planta.

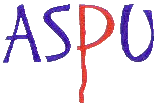
Mientras tanto, una élite de tecno-burócratas, llegaba a la parte administrativa de la universidad. De la mano de las clases políticas regionales, el proceso de anclaje y declive de la autonomía generó el proceso de privatización que se tradujo en la segmentación que hoy hace carrera: programas especiales y programas subsidiados, operaciones comerciales, etc. Esas élites, desvinculadas de la vida académica han ido levantando un modelo de administración abstracto alejado de la vida real y centrado en la educación como negocio.

¿Cómo es la universidad que tenemos hoy? El centro de una universidad, su razón de ser son los estudiantes ¿Cómo son los estudiantes de hoy? Segmentados en aquellos que tienen poder adquisitivo para ingresar con matrículas muy altas y aquellos que son subsidiados por proyectos “pilo” y por alcaldías. Pero ¿qué pasa con quienes están en la mitad, quienes deben pagar matrículas relativamente altas pero que en medio de su carrera se deben retirar a buscar trabajos porque sus familias no alcanzan a apoyarlos? Muchos de esos estudiantes son desescolarizados y no son ya necesariamente los de clase baja.

Resulta difícil volver atrás. La universidad de los años setenta y principios de los ochenta vivió y consumió su proceso histórico. ¿Qué se puede aprender de ese tiempo? Hoy la universidad pública ha sido tomada por nuevas fuerzas políticas, en muchos casos ausentes de ethos académico, con dificultad para distinguir entre un negocio privado y un bien público. Directivos académicos que jamás han orientado una clase, académicos que se limitan a ver los avatares de la universidad desde la comodidad, la indiferencia o simplemente desde el aislamiento de su disciplina. ¿Tenemos en el presente alguna responsabilidad con las generaciones del futuro? Como integrantes de ASPU-UTP consideramos que la universidad debe ser un escenario ideal para ir más allá de las razones de lo privado y en defensa de lo público.

**¿QUÉ PROPONEMOS?**

* Recuperar el espacio democrático y de discusión en las escuelas, en los programas.
* Superar, entre docentes y estudiantes, la lógica de guerra amigo-enemigo que tan poco ha beneficiado lo público.
* La formalización de los profesores transitorios que están en la Universidad hace más de cinco años.
* Cuestionar el atornillamiento a los puestos administrativos académicos.
* Retornar a los concursos de méritos y no por la sumisión política
* Que la universidad piense una concepción de desarrollo acorde con una cultura política y de superación de la guerra, donde todos podamos aspirar a los beneficios de pertenecer a un Estado-nación.
* Una universidad libre de los vicios de la “politiquería tradicional”
* ¿Podrá ganar esa difícil batalla por un futuro que no esté mediado por los favores de los caciques?

****Pereira, 26 de abril de 2017

**JUNTA DIRECTIVA ASPU UTP**